



IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

.....
GONZALO AGUIRRE BELTRÁN, *EL NEGRO ESCLAVO EN NUEVA ESPAÑA. LA FORMACIÓN COLONIAL, LA MEDICINA POPULAR Y OTROS ENSAYOS*, México, Fondo de Cultura Económica (Sección de Obras de Antropología: *Obra Antropológica*, xvi), 1994, 214 pp.
.....

POR ADOLFO AYUSO AUDRY
El Colegio de México

El *negro esclavo en Nueva España* es una compilación de once ensayos publicados como artículos en periódicos o revistas, como ponencias o partes de libro que están dedicados al comercio de esclavos, su influencia en la organización de la sociedad y la economía coloniales, la medicina negra en sus distintas facetas, la resistencia armada al trabajo forzado y el aporte de las culturas africanas a la formación de la cultura nacional. Esta reunión de materiales resulta útil por la valiosa información que ofrece a los estudiosos del tema, a pesar de que algunas ideas se repiten en diferentes capítulos. La obra estudia la trata de esclavos desde sus inicios en el siglo XVI, cuando los Reyes Católicos otorgaron licencias de introducción a conquistadores, encomenderos, funcionarios y clérigos. Este tipo de comercio surgió de la necesidad económica que exigía mano de obra cautiva para la instalación y prosperidad de empresas en los países recién descubiertos por Europa. La crisis demográfica de la población india inmediatamente después de la conquista, la introducción de enfermedades del Viejo Mundo, así como las graves consecuencias sufridas por el impacto cultural, facilitaron el ingreso de los esclavos en el país. Además, la sobreexplotación era permitida por la ley en el caso de los negros y prohibida en el caso de los indios, porque se argumentaba superioridad física de los primeros para desempeñar el rudo trabajo del molino, las calderas, etcétera. La justificación moral de estos hechos, sobre todo económicos, consistió en la búsqueda de africanos infieles para otorgarles la salvación de sus almas y adoctrinarlos en la religión cristiana. La esclavitud negra terminó en 1810 con la guerra por la Independencia; en ese tiempo ya no era un fenómeno económico por diversos motivos que propiciaron su fin, como el incremento de la población de mezcla, favorecido en parte por el bajo porcentaje de mujeres españolas, que hacía incosteable el trabajo de los cautivos. Con respecto al carácter legal, uno de los primeros

decretos de Miguel Hidalgo y Costilla fue la abolición de la esclavitud, pero jurídicamente el acto se perfeccionó más tarde, cuando el gobierno constitucional suscribió con Inglaterra, en 1834, la cancelación del tráfico de humanos (aunque, en mi opinión, el verdadero momento jurídico abolicionista fue la Constitución de 1824). En realidad, estas medidas se tomaron *postfactum*; desde la perspectiva económica la esclavitud, como sistema social y modo de producción, había terminado un siglo antes. Este tipo de trabajo en decadencia persistió en algunas plantaciones e ingenios de azúcar en el siglo XIX y, por supuesto, en los obrajes de régimen carcelario, pero, con excepción de las haciendas administradas por los jesuitas, estas empresas trabajaban con números rojos y requirieron un cambio.

La investigación que Aguirre Beltrán realizó en el Archivo General de la Nación de México durante los años cuarenta es útil para reconstruir con detalle el maltrato recibido por los negros desde el momento de su captura: las condiciones infrahumanas del viaje, el calimbo en sus cuerpos, los altos precios que se pagaban por ellos cuando urgía mano de obra en los primeros años de la Colonia y la disminución de los precios en los siglos XVII y XVIII, debido a la mejor organización del comercio, que facilitó la introducción de grandes cargazones y a la explotación del mestizo y el mulato libres. La esclavitud relacionada con la siembra de caña de azúcar y la elaboración de panela y mascabado fue la más importante durante la época colonial; la migración africana se concentró en las regiones costaneras del trópico donde los españoles establecieron fábricas azucareras que, de no haber contado con la cooperación forzada del negro, no habrían prosperado. En este punto hubiera resultado provechoso que el autor explicara por qué este producto tuvo gran demanda; más que su afición al tabaco o su capricho por las telas de algodón, la gula europea determinó la extensión del comercio atlántico de esclavos. Así, el azúcar fue el producto esclavista por excelencia y entre 60 y 70% de los africanos que sobrevivieron a los viajes terminó en una u otra de las colonias azucareras europeas. En el siglo XVII, cuando Inglaterra, Francia y Holanda se transformaron en las principales potencias del Caribe, terminó la participación española en el mercado europeo de azúcar y con esto también la importación de esclavos a esa región. No obstante, España resurgió como importante abastecedora de azúcar en el siglo XIX, con el desarrollo de plantaciones en Cuba y Puerto Rico.¹

El libro de Aguirre Beltrán hace notar el olvido de los investigadores de la historia de México de la trascendencia del africano en la composición genética, cultural y social de la población mexicana en las épocas colonial y nacional. El barón von Humboldt, en su estudio de la economía política de la Nueva España (1822), identificó la escasa presencia de los esclavos negros y la proyectó a todo el periodo colonial. Esta narración sirvió para que los historiadores se conformaran con las declaraciones de Humboldt e hicieran

¹ Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, *Time on the Cross. The Economics of American Negro Slavery*, Little, Brown and Company, Boston, 1974, pp. 16-18 y 32.

poco para penetrar, con más rigor científico, en la comprensión de la demografía del periodo señalado. Por esta razón, la obra de Gonzalo Aguirre Beltrán intenta demostrar que, a pesar de que en 1810 el número de negros significaba apenas 0.1% del total de habitantes de México, el africano tuvo gran valor en el desarrollo de la economía capitalista y de la sociedad esclavista de esa época, de la misma manera en que 0.1% de la población total constituida por españoles europeos afectaron con sus actividades el curso de la historia de nuestro país.

Dentro de los pocos estudios afroamericanos realizados en México, la obra de Aguirre Beltrán es de gran significación.² Esto se debe a que sus publicaciones resaltan la verdadera importancia de la presencia africana en nuestro país, olvidada en obras de trascendencia como la *Historia de México* (1978), editada por Salvat y coordinada por Miguel León Portilla. Aguirre analiza un sistema de economía esclavista que tuvo lugar entre 1580 y 1730 basado en el cautiverio del trabajo africano. Los negros desempeñaban diferentes ocupaciones (en las minas, haciendas, obrajes, pesquerías), que representaron formas distintas de extraer excedentes del trabajo de hombres cuya propiedad y destino se encontraban en una casta que dio forma peculiar a la sociedad novohispana. Los tipos de esclavitud que los amos destinaban a la mercancía de ébano podía ser la de negros conquistadores, los cuales llevaban a cabo las funciones de criados de los españoles e intervenían en hechos de armas al lado de sus amos. Otro grupo de esclavos eran los pertenecientes al rey, con tareas destinadas al trabajo de las minas que el monarca reservaba para su particular aprovechamiento, o bien, estaban encargados de revisar el descargue y manejo del mercurio, una vez que la real hacienda había tomado para sí el monopolio del azogue. Los esclavos domésticos, a diferencia de los industriales, recibían un trato relativamente benigno, conformaban el sector no calificado de la sociedad novohispana y eran responsables de las labores en la cocina, la alcoba y otras dependencias de la casa. Asimismo, tenían la función de exhibir los símbolos de prestigio reconocidos por la casta colonial dominante, esto es, entre mayor era el número de negros, más elevada la reputación del señor. Los que trabajaban a jornal, es decir, que recibían un pago por sus servicios, debían entregarlo

² Algunas de las publicaciones más importantes de Gonzalo Aguirre Beltrán son las siguientes: *La población negra de México. 1519-1918. Estudio etnohistórico*, Fuente Cultural, México, 1946; "Tribal origin of slaves in Mexico", en *Journal of Negro History*, tomo xxxi, Estados Unidos, 1946; *El proceso de aculturación*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1957; *Cuijla*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958; *Medicina y magia. El proceso de aculturación en la estructura colonial*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1963; *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mesoamérica*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1967; *Lengua vernácula: su uso y desuso en la enseñanza*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 1983; *Antropología médica: sus desarrollos teóricos en México*, CIESAS, México, 1986; "La medicina negra en la situación colonial" y "Medicina popular y magia coloniales", en Fernando Martínez Cortés, ed., *Historia general de la medicina en México*, Academia Nacional de Medicina, UNAM, México, 1990, entre otras.

al amo. En efecto, diario salían a la plaza del mercado en busca de un empleo eventual que les permitiera ganarse unos reales que eran entregados como renta exigida por sus dueños. Las negras y mulatas sexualmente explotadas, por considerarlas parte de la propiedad de los amos, eran llamadas congas; esclavas a jornal que debían entregar al señor el dinero que obtenían del comercio carnal. Esta práctica, censurada en 1710, estaba legitimada por el mito de la incontinencia sexual de los africanos sin entender, o sin querer convencerse, del carácter moral de la poligamia africana y la existencia de ritos de fecundidad que involucraban representaciones calificadas de obscenas.

El análisis anterior constituye la configuración de un sistema económico durante una época de la historia colonial que precedió a la introducción del modo de producción capitalista en México. Desde 1580, cuando Felipe II reclamó sus derechos al trono vacante de Portugal e invadió el reino, hasta 1640, año en que los portugueses adquirieron su independencia, España se benefició del comercio de esclavos. Esta situación favoreció la introducción de negros en la Nueva España y la economía colonial descansaba en el trabajo organizado en un sistema de producción esclavista. Cuando Holanda, Dinamarca, Francia e Inglaterra comenzaron a disputarse el dominio de los mares y el control de las naos negreras, e Inglaterra con la paz de Utrecht de 1713 impuso su imperio sobre tierras y océanos, el comercio de ébano humano disminuyó, mientras la administración colonial pasaba por un proceso de modernización (p. 95). A dos siglos del primer contacto entre europeos, africanos y americanos, la población producto del mestizaje era cuantiosa y buena parte constituía mano de obra libre, más barata que la sometida. Además, los provenientes de África significaban un gasto adicional por el capital que tenía que invertirse en el momento de la compra y el costo que implicaba la vigilancia permanente para evitar fugas, así como la atención médica necesaria para prolongar su corta vida activa, esto además del vestido, alojamiento y alimentación, por lo que el capitalismo emergió como modelo de producción relevante y el esclavismo decayó hasta desaparecer en la Nueva España. Europa se favoreció del trabajo cautivo como uno de los arbitrios más eficaces tendientes a acumular caudales para el desarrollo capitalista; ello determinó que utilizara el comercio triangular con ejes en Europa, África y América, y el sistema de explotación colonial.

Para identificar los efectos que los esclavos produjeron en la sociedad colonial, el autor menciona que tanto vendedores como compradores de negros tomaban medidas precautorias para impedir la transmisión de enfermedades por parte de su "mercancía", pero aun así América sufrió las consecuencias devastadoras del contacto entre diferentes razas humanas, en el que los africanos tuvieron especial destino aciago. Se propagaron diversas enfermedades: viruela, ciertas formas de *plasmodium*, como el *falciparum*, manifestado en fiebres de extrema gravedad, la fiebre amarilla, las treponemosis humanas, como las bubas, el mal del pinto, la sífilis endémica y la venérea. Los negros, en su condición de portadores de cultura, difundieron patrones de comportamiento, formas de relación, ideas y valores propios de sus civilizaciones. Sus aportes a la medicina mestiza

fueron reveladores, ya que se valían de ceremonias consideradas supersticiosas, donde intervenían dioses y concepciones religiosas africanas. La magia tuvo un papel decisivo en la configuración de la medicina popular colonial y contribuyó al enriquecimiento de la medicina india en los lugares donde los cimarrones se establecieron con éxito en la vecindad de comunidades mesoamericanas. Asimismo, los juicios contra negros y mulatos por brujos y hechiceros llenaron los archivos inquisitoriales, prácticas que influyeron también a dueñas y señores españoles que solicitaban de sus esclavos servicios extraordinarios para el diagnóstico de males, atracción amorosa o para la procuración de un daño a una tercera persona. Al final del periodo colonial, eran fundamentalmente los mulatos quienes practicaban la medicina supersticiosa africana. No obstante, la deculturación que sufrieron los provenientes de diversas regiones de África por la pluralidad lingüística y étnica a la que se vieron enfrentados obstaculizó la formación de una conciencia étnica y una identidad cultural afroamericana y les obligó a valerse del castellano para comunicarse entre sí. La edad de los migrantes fue un aspecto que se opuso a la continuidad de su cultura, ya que en las sociedades africanas basadas en el culto a los antepasados, algunos aspectos como la religión y la medicina eran patrimonio de adultos y personas de edad, y los seleccionados para viajar a América eran jóvenes.

En el último capítulo, el autor señala la influencia africana en los bailes populares de México con base en la documentación colonial, ya que los domingos y fiestas de guardar significaban para los negros el tiempo libre, cuando podían cantar y bailar; mediante estas expresiones su música y danza tendían a perdurar y a mezclarse con las costumbres de los peninsulares en la Nueva España. Así, en el archivo de la Inquisición se hace referencia a los bailes “deshonestos y con tanta desenvoltura que sirven de grande provocación para excitar la lujuria” (p. 193).

Finalmente, un aspecto importante de este estudio es el análisis etnográfico dirigido a identificar los orígenes tribales de los negros introducidos a México, lo que sirve para valorar los comportamientos de los esclavos, así como para descubrir las retenciones de rasgos culturales africanos en algunas escasas poblaciones que en la actualidad pueden ser consideradas negras. Como ejemplo, el autor menciona el caso del pueblo de Cuajinicuilapa, comúnmente abreviado Cuijla, ubicado en la costa de Guerrero. En ese lugar, los rasgos culturales africanos revelan costumbres y hábitos practicados aún en nuestros días: la postura del cuerpo, cargar pesos sobre la cabeza con la ayuda del rodete, las formas básicas de alimentación, algunos patrones de ayuda mutua en el trabajo cooperativo, el elevado estatus de la mujer y los ritos que acompañan el paso del individuo al mundo de lo sobrenatural, entre otros. A pesar de ello, en México no permanecieron características africanas que representaran retenciones importantes, como la santería cubana, el vudú haitiano o el candombe brasileño. Esto se debe a que la esclavitud se desarrolló como fenómeno socioeconómico en el lejano periodo de 1580 a 1730. Además, entre otras razones, a que este modelo de economía fue eminentemente destructor de la personalidad

del individuo; desde el momento en que el comprador recibía de manos del encomendero de negros la mercancía humana se establecía que la compra era la de “un bulto con cabeza, alma en boca y huesos en costal...” (p. 47), lo que denotaba el carácter de cosa, de bestia de labor con que se denominaba al siervo. La aplastante represión que sufrieron las expresiones religiosas africanas también explica la abolición de su influencia y, por otra parte, la producción de actitudes que hoy se identifican dentro de la cultura de la violencia.

Al final de la obra se encuentra una vasta bibliografía de artículos y libros sobre la esclavitud. Alberto Beltrán, Premio Nacional de Bellas Artes en 1985 y uno de los grandes del grabado en México, realizó doce ilustraciones que acompañan oportunamente al texto.